

bres; este casto temor no es otra cosa que un grado heroico de amor á la justicia. No considera el castigo, sino el pecado; y al mismo tiempo que huye de éste, abraza aquél. Los que lo tienen ambicionan la purificación de sus conciencias por un justo castigo, cuando han caído en un momento de debilidad; no esperan el castigo; ellos mismos con su arrepentimiento se ofrecen como auxiliares de la justicia ofendida; sí, es algo hermoso, consolador y magnífico ese amor del bien que se manifiesta en ese temor; lejos de descorazonarnos nos hace vigilantes y decididos, y nos comunica impulsos poderosos para el bien.

Es la gran vergüenza de nuestra época ese profundo desprecio del temor de Dios al cual no se atribuye ningún bien, señal de que no conoce más temor que el temor de los esclavos. También en este punto recibe una soberana lección de los antiguos paganos que esperaban todo el bien del dulce temor de una conciencia delicada: No tenemos más que escuchar á Sakuntala en el Mahabharata:

«De los placeres que la ley prohíbe  
No quieras ser esclavo; que estás solo,  
Que nadie te acompaña, y nadie vive  
Contigo los que dicen, tristemente  
Te engañan. En tu seno  
Llevas un santo, un sabio, un fiel vidente  
Que siempre te acompaña, donde quiera  
Que estés. Si lo que pasa  
En ti Dios lo contempla no preguntes:  
Todo lo ve en ti Dios, con justiciera  
Mirada te examina. Y el testigo  
Y acusador y juez que está contigo  
Todo lo ve también: allá en el fondo  
Del corazón habita; si él condena,  
De Dios no habrá perdón para tu pena». (1)

**9. El más general de los placeres es la fidelidad á la conciencia.**—Aun cuando no tuviera el hombre más regla de conducta que ésta, basado en ella sola podría tener seguridad de éxito en su constante labor para purificar y perfeccionar su vida moral.

(1) Traducción libre según Fr. Schlégel. (G. W. IX, 360 y sig.)

¿Por qué adelantamos tan poco? porque con muchísima frecuencia tomamos muchos principios bajo formas múltiples. Leemos hoy uno, y, porque nos agrada, nos lo apropiamos, sin pensar en si puede ó no adaptarse á nuestra situación. Mañana aceptamos otro, y según él formamos nuestras resoluciones; y antes de ponerlo en práctica, ya viene un tercero á llamar á nuestras puertas. De este modo, pasamos sin poner ninguno en ejecución; jamás salimos de los ensayos, y con frecuencia nos quedamos admirando tan hermosas reglas de vida. Pero si queremos hacernos mejores y acercarnos á nuestro ennoblecimiento moral, debemos fijarnos en un principio y dirigir á él todos nuestros esfuerzos, hasta llegar á realizarlo. Ya decían los antiguos: «Temo al que no lee más que un libro». Sí, es fácil luchar con el que confusamente lee toda clase de libros, y no es raro encontrarnos con nuestro maestro en el que sabe limitarse, y con asiduidad y perseverancia marcha por el terreno que ha elegido.

Para ello no tiene necesidad de condenarse á vivir en estrechez de espíritu, dirigiéndolo sólo en un sentido; al contrario, una vez que ha hecho estudios especiales, le es fácil producir cualquiera otra cosa en diferentes dominios, si así lo exige la necesidad.

Lo mismo sucede en la vida moral. Imposible que uno solo practique todas las virtudes, imposible que ejecute todo lo que de hermoso y noble ve en los demás, pero, si con constante fidelidad, trabaja en el campo del deber y de la virtud que responden á su condición y á su carácter llegará á ser, sino perfecto, bueno y mejor en lo que á él toca, y más sólido en lo demás.

La conciencia es el dominio en que todos podemos y debemos trabajar; es que es un principio que conviene á todos sin excepción, cualquiera que sea la época en que vivamos, y la posición que ocupemos. Y esta es la regla fundamental, según la cual podemos y debemos vivir, cualesquiera que sean los caminos que elijamos: ¡Nada contra la conciencia; fidelidad constante á la conciencia!

No hay virtud que no se apoye en la conciencia. Pueden ciertas acciones de relumbrón procurarnos gloria á los ojos de los hombres que no leen en nuestro corazón; pero, si las ejecutamos lastimando la conciencia y despreciando los importantes deberes que ella nos impone, no las considerará como virtudes el eterno Juez. ¡Ah! ¡cuantas cosas que cita como grandes la historia del mundo, aparecerán pequeñas y casi nulas, cuando les aplique su regla la conciencia! ¡Qué de sacrificios y de deberes cumplidos en silencio, que no llaman la atención del mundo, y que acaso el mundo desprecia, brillarán con el esplendor de acciones heroicas, cuando ante el mundo pasen por esa medida que no tiene valor sino en la eternidad, y que se llama conciencia! ¡Bien pequeño será el provecho de los que hayan ejecutado las más sorprendentes acciones, y practicado todas las virtudes, si despreciaron la conciencia! Por el contrario, el que parece que llega al tribunal de Dios con las manos vacías, pero que puede decir con verdad: «Bien poco traigo, Dios mío, si no dais importancia á éste que fué siempre mi principio: hacer lo que de mí exige la conciencia, aunque el hecho no tenga mucha apariencia, y se presente como de imperceptible utilidad», será ciertamente considerado rico, estimado grande, y juzgado digno de eterna recompensa.

**10. La fidelidad á la conciencia, fundamento de todas las virtudes. Una proposición.**—Y será justicia. Aparentemente no pensaba más que en la conciencia; pero ese pensamiento abarcaba todo lo que le era necesario y todo lo que podía embellecer su alma; quería ser hombre de conciencia y nada más, pero fué, por lo mismo, fiel á sus deberes hasta en los más insignificantes pormenores. No le vino al pensamiento la satisfacción de su orgullo con lo que ha llamado el espíritu de la época con el nombre de moral independiente y libre. Y, sin embargo, él es precisamente el que practica esa moral. Pues obrando únicamente según su conciencia, en lo que ha hecho ó ha omitido, se ha hecho independiente de toda pretensión al

reconocimiento ó á la inquietud, á la utilidad ó al éxito. Ha conseguido lo que no ha podido conseguir nadie, librar á su espíritu de las cadenas del egoísmo, de la ambición, de los respetos humanos, que con frecuencia molestan tanto. No ha tenido más miras que la fidelidad á su conciencia, y por tanto, sin servirse de medios artificiales y vanos, ha llegado á ser todo un carácter, un carácter bien templado, y con el cual puede contarse, que es lo que tanto estima el mundo, aunque produce tan pocos. Exteriormente no pensaba más que en sí y en la delicadeza de su conciencia, por eso salvó el honor de la humanidad.

En el fondo, esta fidelidad á la conciencia encierra todas las virtudes. No otra cosa son que fidelidad á la conciencia la magnífica victoria de José, los rudos combates de las almas vírgenes contra los halagos de la carne y las seducciones del mundo, y los sublimes triunfos de la virtud de la continencia. Fruto de fidelidad á la conciencia fueron el esfuerzo invencible de los Macabeos y el valor heroico de los mártires en medio de los tormentos y sobre las hogueras. Cuando salían los Apóstoles de los calabozos donde habían sido azotados, y cuando millares de confesores que seguían sus pisadas, confiando en su deber y en su derecho, aceptaban la persecución, las ignominias, las cadenas y el destierro con esta palabra que es la expresión de la más elevada justicia: «debemos obedecer á Dios antes que á los hombres», <sup>(1)</sup> sola la fidelidad á la conciencia los fortificaba para aquella vida de rudos sacrificios, que excedía en su duración al martirio y á los sufrimientos íntimos de que era causa.

La fidelidad á la conciencia sostuvo á San Pablo y á tantos otros defensores de la fe y de la verdad en los más terribles combates, combates contra la carne y la sangre, combates contra los falsos hermanos, contra los compatriotas, contra los amigos y contra los domésticos. Ella les hizo un impenetrable escudo de esta máxima de la más exquisita prudencia: «Nada podemos contra la ver-

(1) Hechos de los Apóstoles, V, 29.

dad, pero en obsequio de la verdad lo podemos todo». (1)

Esta consideración nos anima á emitir un juicio que nos viene á la mente. Hace siglo y medio que se esfuerza la pedagogía por educar á los hombres de modo que sirvan para algo, con los cuales se pueda contar, y que puedan presentarse con honor. Mediano é incapaz de cubrir los gastos que se han hecho ha sido hasta la fecha el resultado. Hay sobre todo una tentativa que se pretende que tenga acierto; y es formar caracteres sirviéndose de los sistemas de la nueva filosofía. Los resultados no pueden ser más desastrosos; después de tanto tiempo no se ve sino rebajamiento de caracteres. ¿Qué sucederá si por una sola vez ensayamos la educación de la juventud y nos formamos á nosotros mismos con los medios que en otros tiempos en las edades de robustez y virilidad, dieron tan hermosos resultados, esto es, con la conciencia? No será más que una experiencia.

No hay duda, la aplicación de semejante sistema, no nos daría niños impertinentes, ni generaciones de presuntuosos gastados y sabidillos sin utilidad. Entre tanto puede sin ellos seguir la humanidad. En su lugar veríamos levantarse hombres con cuales se podría contar, fieles á sus deberes y que no bailasen al primer compás que se tocase. Tendríamos caracteres libres, firmes, independientes que permanecen constantes en la hora del peligro; que no retroceden ante ningún sacrificio, para guardar sus convicciones y cumplir con sus deberes. Ved lo que nos falta.

Llenaremos ese vacío, si, en lugar de dar á los niños una enseñanza superficial, que no deja en su cabeza sino confusión, nos resolvemos á hacer de la cultura de la conciencia la base de toda educación y de toda formación. Valdría la pena hacer ese ensayo.

(1) II á los de Corinto, III, 8.

## CONFERENCIA IV

### EL LIBRE ALBEDRÍO

1. **El mal remisible y el mal irremisible.**—Hay pocas cosas que deba recordar tanto el hombre como la obligación de ser indulgente con las faltas y debilidades de sus semejantes. En sus relaciones con ellos está, la mayor parte del tiempo, como el que no halla paz en su casa, ni puede salir de ella sin encontrar quien le ponga pleito; su paciencia está puesta á prueba; no halla paz dentro de sus cuatro paredes, ni reposo fuera de su casa: es demasiado por cierto.

Tal es el hombre con la triste experiencia que diariamente tiene de sus faltas y de sus locuras. Está tan molestado que con facilidad se rompe el hilo de su paciencia, si al primer paso que da para salir de sí mismo, se encuentra siempre con el mismo obstáculo. Y esto es precisamente lo que más debe moverle á la tranquilidad. Si no es capaz de concluir con sus propias faltas, no tiene derecho á condenar á los demás, porque no concluyen con las suyas. Si á causa de su flaqueza debe tantas veces apelar á la paciencia de Dios y de los hombres, tampoco, por su parte, debe rehusar á los demás ningún miramiento, á causa de su debilidad.

Pero una cosa son las faltas que escapan á la humana flaqueza, y otra los principios falsos y las doctrinas perversas; con las primeras es necesario ser bueno y conciliador; con los segundos no debe haber ninguna indulgencia. La misma Caridad divina encarnada los juzgó con severidad inflexible. Si los fariseos hubieran obrado simplemen-